EPITAFIO DE UN AMIGO

Tomas Cardenas Palau

Image not found.

Capítulo 1

EPITAFIO DE UN AMIGO

Eran aproximadamente las siete de la noche, la noche había llegado lenta a su gala de todos los días trayendo consigo una cierta melancolía en la ida del sol hasta su cuna en el horizonte. No sabía cuánto llevaba sentado en aquella ventana viendo simplemente el pasar de los coches bajo la lluvia y de los paraguas multicolores, pero sé que llevaba tiempo ya; las colillas de cigarrillos se amontonaban a mi alrededor y mis ojos vidriosos y secos por el poco movimiento y las parpadeadas ocasionales.

Y, aun así, aquella penitencia en soledad no era suficiente para reconfortarme, aun así, a pesar de estar en aquel silencio solitario que solo era ambientado por las gotas de lluvia que empañaban mi ventana, su presencia eran ten sentida, su recuerdo era tan vivido, su sonrisa, sus alegrías, nuestras charlas, su mano en mi hombro y su cálida compañía...Dios, lo extrañaba y no tanto por irse, sino por lo que no pudo ser. No sabía llorar, nunca lo había intentado y llorar por él sería estúpido porque como hacer algo que él nunca supo qué hacías. Deliró, hablo incoherencias, fumó perdido en recuerdos y en tristes realidades ya pasadas, futuros inexistentes y presentes sin sentido.

Ana entró al apartamento casi como una sombra llega a tu lado, en un silencio perfecto. Cuando sentí su presencia ya estaba rodeándome con los brazos y metiendo su rostro entre mi cuello buscando besar mi tenue pulso. Su aroma siempre me había gustado, su pelo, pero quizás lo que más amaba era aquella perfecta sintonía, aquel entendimiento sin palabra alguna y su abrazo me reconforto tanto que hasta los vellos se me erizaron. Se sentó a mi lado y tomo mi mano acompañándome a perderme entre un paisaje de concreto ciudadano.

-¿Me das uno? –preguntó señalando mi segunda caja de cigarrillos.

-Claro –respondí casi como por impulso automático. Tomé uno, encendí el suyo y por último el mío.

El humo nos cobijó como una manta gris para arroparnos del frío de la lluvia que helaba toda la ciudad.

-Mañana es el funeral –me dijo mirándome a los ojos, pero yo no quise ver los de ella, quería seguir viendo a través de la ventana como si mi propio reflejo fuera a perderse si le dejaba de ver por tan solo un instante.

-Marcos...

¿Marcos?

Me apretó la mano con fuerza. Era obvio lo que pasaba. Aquella palabra... Funeral.

El nudo en mi garganta se fue haciendo tan enorme como un tumor. Apenas y podía respirar y los ojos se me aguaron como si la propia lluvia hubiese entrado en mi sala. Lo peor de cuando vas a llorar e intentas retenerlo, es ese abrazo, es abrazo que te dan y por el cual casi instantaneamente de vuelves solo llanto y gemidos. Lloré como un niño pequeño en su regazo, sollozaba más bien. Ella simplemente sobaba mi cabeza con tierna dulzura sin emitir palabra, solo dándome fuerzas con su silencio... Dios, la amó tanto.

-Se... fue... se fue Vicky... se fue –solo eso podía articular.

-Si bebe, lo sé. Lloro si quieres llorar, aquí estoy.

Aún recuerdo la primera vez que le conocí, a Juan. Mi primera impresión fue la de que era un completo papanatas. Un tipo extraño que actuaba completamente como era en realidad... eso es extraño para el mundo actual, tal vez porque se nos hace difícil serlo en verdad. Poco a poco hasta yo fui descubriéndome a mí mismo a su lado. Creía que la amistad era algo que simplemente se tiene, como aquel llavero que te regalan o las medias que te da tu abuela de navidad, pero aprendí el verdadero significado de la amistad con él. Ser tan diferentes y a la vez tan iguales, como dos gotas de agua. No solo eran las salidas a beber, conquistar chicas, charlas estupideces o simplemente pasar el tiempo juntos. Era esa complicidad, que el tiempo pasase lento, que cualquier cosa puede pasar, pero tú sabes que al menos están ambos, que el mundo tiene que enfrentarse a dos en vez de a uno y eso es lo más grandioso de todo.

-No quiero ir –dije con el rostro apretado sobre el vientre de Vicky.

Ella sobó mi pelo y me beso dulcemente la nuca. Cuando me volví a incorporar no quería ni ver mi expresión, pero supe que debía de estar más rojo que una sandía por dentro y congestionado como un bebe con gripa. Acaricio mi mejilla y seco unas cuantas lagrimas que aun resbalaban por mis mejillas.

-Es tu amigo. Debes decirle adiós.

-Tengo miedo. Se ha ido, para siempre. Decirle adiós es como aceptarlo, renunciar a él.

-No. Es estar con él hasta el final. Marcos sé que quizás Juan llegó a entrar en tu alma más profundo que cualquier otra persona. Estuvo cuando lo de tu padre y quizás si no fuera por él tú y yo nunca nos hubiéramos conocido.

Me quede de nuevo mirando a través de la ventana intentando recomponerme. Era como volver a descubrir el llanto. Era intimidante aquella faceta.

-¿Lo van a enterrar?

Ella asintió.

-¿Qué?... ¿Qué pondrán en su epitafio?

-No... no sé -contestó algo perpleja por la pregunta.

Quizás no era decisión mía, pero quería al menos dejar algo de constancia. Dejar constancia que Juan fue mi amigo, que fue alguien que caló hondo en mí y su impacto merece ser plasmado. Si no, ¿de qué manera uno deja su huella en este mundo? Solo reconociendo el toque de un alma sobre otra.

Tomé un lapicero y un bolígrafo del mesón de la cocina que estaba atrás de nosotros y escribí con pulso frágil:

Juan. Amigo, maestro y confidente. Quizás no haya mayor muestra de amor humano que la amistad que algún día me brindaste.

Marcos.

Vicky lo le leyó en silencio y cuando volteo a verme al terminar.

-Veré que puedo hacer para que se grabé en su tumba.

Asentí.

Ese era mi adiós personal. Al día siguiente, en su funeral, cuando me acerque a sus familiares, ellos pudieron ver mi pena y me ayudaron con ella, sabían que no solo había muerto Juan, sino también parte de mi vida, de la vida de todos aquellos que estaban ahí reunidos, pero también había nacido algo nuevo. Cuando leyeron mi nota a muchos se les aguaron los ojos. Decidieron ponerla en el epitafio de su tumba. Vi como le descendían a su morada final, oscura y fría. Sabía que no le gustaba la oscuridad así que me alegre de que ya no estuviera ahí.

-Adiós amigo. Te echare mucho de menos.

Cigarros, whisky y Vicky. Que mejor homenaje en su honor que las tres cosas que él más me ayudo a amar.